

# Iglesia

Doy gracias a Dios continuamente por vosotros pues os ha concedido su gracia por Cristo Jesús, en quien habéis sido enriquecidos sobremanera con toda palabra y todo conocimiento. (Icor. 1, 4-5)

Aquél mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos. Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo. El les dijo: - ¿Qué conversación es la que lleváis por el camino? Ellos se detuvieron entristecidos, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: - ¿Eres el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

El les preguntó: -¿Qué ha pasado? Ellos le contestaron:

- Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron? Nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel. Y sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. Bien es verdad que alguna de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron,. Entonces Jesús dijo:

- ¿Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?

Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras. Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús izo el ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron diciendo:

- Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron el uno al otro:

- ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

En aquél mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás, que les dijeron:

-Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.

Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo le habían reconocido al partir el pan. (Lc. 24, 13-35)

Estaban hablando ellos, cuando el mismo Jesús se presentó en medio y les dijo: -La paz esté con vosotros.

Aterrados y llenos de miedo, creían ver un fantasma. Pero Él les dijo: -¿De qué os asustáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? Ved mis manos y mis pies; soy yo en persona. Tocadme y convenceos de que un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como aún se resistían a creer por la alegría y el asombro, les dijo: -¿Tenéis algo de comer? -Ellos le dieron un trozo de pescado asado. El lo tomó y lo comió delante de ellos.

Después les dijo: - Cuando aún estaba entre vosotros ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito por mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.

Entonces les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras, y les dijo:

- Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se anunciara a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados. Vosotros sois los testigos de estas cosas. Por mi parte, os voy a enviar el don prometido por mi Padre. Vosotros quedáos en la ciudad hasta que seáis revestidos por la fuerza que viene de lo alto. (Lc. 24, 36-49)

Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Este ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaros, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Os digo, además, a todos y cada uno de vosotros, en virtud de la gracia que Dios me ha confiado, que no os estiméis más de lo debido; que cada uno se estime en lo justo, conforme al grado de fe que Dios le ha concedido. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros y no todos los miembros tienen la misma función, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo, y somos los unos miembros de los otros.

Que vuestro amor no sea una farsa: detestad lo malo y adherías a lo bueno. Amaos de verdad unos a otros como hermanos y rivalizad en la mutua estima. No seáis perezosos para el esfuerzo; manteneos fervientes en el espíritu y prontos para el servicio del Señor, Vivid alegres en la esperanza, sed pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Compartid las necesidades de los creyentes; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os bendicen; bendecid, y no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Viví en armonía los unos con los otros y no seáis altivos, antes bien poneos al nivel de los sencillos. Y no seáis autosuficientes. (Rm 12.)

El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. (GS.n1)

Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior, y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos. (EN. 18)